

A PROPÓSITO DE LA OCUPACIÓN NAPOLEÓNICA: GUERRA, HISTORIA Y MEMORIA

ABOUT NAPOLEONIC OCCUPATION: WAR, HISTORY AND MEMORY

José María Ortiz de Orruño Legarda¹
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

Entregado el 16-10-2009 y aceptado el 22-12-2009

Resumen: Este ensayo bibliográfico comenta diversas publicaciones sobre la Guerra de la Independencia aparecidas con motivo del Bicentenario en relación con cuatro aspectos concretos: la naturaleza de la contienda, el reinado de José Bonaparte y el fenómeno guerrillero. Si esos tres apartados tienen un claro contenido temático, el cuarto está influenciado por el giro epistemológico experimentado en los últimos años desde la historia factual a la historia cultural, y trata cuestiones relacionadas con la representación y la memoria de guerra.

Palabras clave: Historia Contemporánea de España, Guerra de la Independencia, José Bonaparte, Afrancesados, Guerrilla, Revolución, Nación, Historia Cultural, Memoria de Guerra.

Abstract: This bibliographical essay analyzes several publications on the Spanish Independence War that appeared to mark the Bicentenary in relation to four specific issues: the nature of the war, the reign of Joseph Bonaparte and the guerrilla phenomenon. If those three paragraphs have a clear thematic content,

¹ El autor pertenece al Grupo de Investigación del Sistema Vasco, Área de Humanidades, IT 429-10 (2010-2013). Esta aportación forma parte del proyecto de investigación HUM2004-04956/HIS, financiado por la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia.

the fourth is influenced by the epistemological shift experienced in recent years from the factual history to cultural history, and addresses issues relating to the representation and memory of war.

Keywords: Spanish Contemporary History, Independence War, Joseph Bonaparte, Spanish Collaborators, Guerrilla Warfare, Revolution, Nation, Cultural History, Memory of War.

1. Presentación²

Conocida por los franceses como *Guerre d'Espagne* y por los británicos como *Peninsular War*, la Guerra de la Independencia (1808-1814) constituye uno de los acontecimientos más estudiados por la historiografía hispana. La razón es conocida. Si la lucha contra el ejército francés de ocupación generó el surgimiento de la moderna conciencia nacional, los efectos inducidos por la contienda —como la pérdida de las colonias americanas, la convocatoria de unas cortes constituyentes o la fragmentación ideológica de la propia sociedad española— imposibilitaron la vuelta al *ancien régime*. Tantos y tan relevantes cambios —sociales, políticos y culturales— alumbraron un tiempo nuevo. Durante ese sexenio de guerra y revolución se forjaron —por decirlo con una expresión ya clásica— los *orígenes de la España contemporánea*.

La conmemoración del bicentenario del Dos de Mayo, fecha mítica en el imaginario colectivo español que señala el inicio del levantamiento antinapoleónico en las calles de Madrid, ha renovado el debate en torno a la Guerra de la Independencia. Sin embargo los especialistas no terminan de ponerse de acuerdo sobre el alcance y significado de un suceso que, como toda narración sobre los orígenes, tiene gran carga emocional y simbólica. La multitud de actos organizados en los últimos meses, desde los más académicos a los puramente conmemorativos, pone de manifiesto esa doble condición de la contienda como objeto de estudio y «lugar de memoria». Esa ambivalencia también resulta perceptible en el ámbito editorial: para comprobarlo basta repasar la abultada sección dedicada a la *guerra de independencia* de los catálogos electrónicos. Aunque abundan las síntesis divulgativas y los textos preparados expresamente para aprovechar el tirón comercial, también se han publicado obras verdaderamente originales por las fuentes consultadas, las metodologías empleadas o los planteamientos expuestos.

No es mi intención abordar en este ensayo bibliográfico todas las cuestiones relacionadas con la Guerra de la Independencia, tarea en verdad hercúlea, sino ceñirme tan sólo a cuatro aspectos muy concretos. El

² La primera versión de este texto fue presentada al congreso internacional sobre *Napoléon, Bayonne et l'Espagne*, organizado en esa ciudad francesa en junio de 2008. Me anima a publicarlo ahora el hecho de que siga inédito y de que, aun habiendo sido pensado para un contexto muy particular, conserve en buena medida su interés. Juzgue el lector si estoy en lo cierto.

primero tiene que ver con la naturaleza de la guerra y los motivos esgrimidos por los propios combatientes. El segundo repasa el tratamiento historiográfico recibido por José Bonaparte y los afrancesados, sus seguidores hispanos. El tercero toca el controvertido fenómeno de la guerrilla, ensalzada por unos como la representación del pueblo en armas y denostada por otros como un cuerpo indisciplinado e irrelevante desde la perspectiva estrictamente militar. Si esos tres apartados tienen un claro contenido temático, el cuarto está influenciado por el giro epistemológico experimentado en los últimos años desde la historia factual a la historia cultural, desde la reconstrucción de los hechos a la asignación de sentido a los mismos. El ensayo se cierra con el listado alfabético de las obras citadas.

2. Sobre la naturaleza de la guerra

Casi nadie podía pensar en la primavera de 1808 que un país atrasado, descabezado políticamente y con unas fuerzas militares mal organizadas podría resistir la invasión napoleónica. Pero España no sólo aguantó la acometida, sino que además derrotó al ejército más potente de Europa. El desenlace resulta aún más sorprendente dada la enorme complejidad de una guerra en la cual se solapaban —en planos distintos— varios conflictos, que a menudo se alimentaban entre sí y tenían claras implicaciones *guerracivilistas*. En el contexto europeo, la agresión napoleónica fue un episodio más de la pugna franco-británica por la hegemonía continental. Desde una perspectiva más estrictamente española, la invasión provocó la fractura entre *colaboracionistas* y *patriotas* y, cuando saltó al otro lado del Atlántico, alentó la división de las elites criollas y la emancipación de las colonias americanas; en el territorio peninsular tampoco faltaron los desencuentros entre los patriotas: mientras unos intentaban restablecer la autoridad del gobierno central y renovar los fundamentos teóricos de una monarquía que se había quedado momentáneamente sin rey, otros alentaban la agitación xenófoba y antirrevolucionaria de inspiración político-religiosa (José ÁLVAREZ JUNCO, 2002).

Richard HOCQUELLET (2008) se ha referido a la doble paradoja del caso español. La primera tiene que ver con la inversión de papeles entre afrancesados y patriotas con respecto a la modernidad política; la segunda, que es consecuencia de la anterior, con el hecho de que uno de los países menos permeables a los valores de la Ilustración se acabara convirtiendo en la referencia fundamental de los liberales europeos y ameri-

canos a lo largo del siglo XIX. En la carrera hacia la modernidad tomaron ventaja los colaboradores de José Bonaparte: al amparo de la constitución de Bayona (1808) establecieron una monarquía constitucional, liberaron la economía en el sentido propuesto por los agraristas ilustrados y procuraron rebajar la influencia social y moral de la Iglesia sin cuestionar la confesionalidad estatal. Los afrancesados se veían a sí mismos como los regeneradores que el país necesitaba y consideraban a los patriotas como unos reaccionarios fanatizados por la influencia clerical. Pero mientras ellos apenas traspasaron los límites del reformismo ilustrado, los patriotas —empujados por las necesidades de la guerra— fueron mucho más lejos. Tras intuir la fuerza legitimadora y movilizadora de la nación, la proclamaron soberana en septiembre de 1810. Fue el primer acto de una revolución, que culminó dos años después con la aprobación de una constitución decididamente liberal (separación de poderes y reconocimiento de la ciudadanía política). Ni José Bonaparte ni los afrancesados hubieran aceptado jamás esa *revolución de nación*, en acertada expresión de José María PORTILLO (2000).

Sin embargo, no todos los historiadores aceptan el carácter supuestamente *nacional* de la guerra. Por lo menos desde el comienzo. Algunos sostienen que las motivaciones ideológicas no pasaron del dios-patria-rey que resumen los valores comunitarios de las sociedades tradicionales. Reconocen el uso frecuente de la palabra «nación», pero no en su sentido moderno, sino como sinónimo de reino, patria o territorio particular con todos sus vínculos afectivos y sociales. Aceptan implícitamente el viejo postulado marxiano —hechos sin ideas e ideas sin hechos— referido a la total incomunicación entre los constituyentes gaditanos y el resto de la población española debido al bloqueo francés. Ciertamente, «nación» era una voz polisémica que fue afinando su significado al calor del debate político. Pero algunos autores la utilizaron desde muy pronto en un sentido inequívocamente actual. Como Antonio Capmany, intelectual conservador de origen catalán y futuro diputado constituyente. En su archiconocida y radical arenga patriótica publicada a raíz de los primeros levantamientos [*Centinelas contra franceses*, 1808] calificó la contienda como *guerra de nación*; también aclaró que a ésta «no la forma el número de individuos, sino la unidad de las voluntades» y vaticinó que en el crisol de aquella guerra patriótica se iban a fundir las barreras que impedían a castellanos, andaluces, valencianos, gallegos y catalanes formar una «gran nación».

Casi todas las obras de autores recientes que narran la Guerra de la Independencia tienen una estructura semejante: arrancan en la primavera

de 1808 con la crisis de la monarquía española, siguen con el cambio de dinastía forzado por Napoleón en Bayona —un verdadero *coup d'Etat* como él mismo reconoció en sus memorias—, continúan abordando casi siempre de forma diacrónica la evolución de los dos bandos en lucha y culminan con la sucesión de victorias obtenidas por las tropas anglo-hispano-portuguesas en 1813-4. El círculo se cierra con la evacuación del territorio peninsular por los franceses y el retorno de Fernando VII, retenido en Francia desde el comienzo de la contienda. José Gregorio CAYUELA y José Ángel GALLEGRO (2008) siguen ese modelo. Tomando el eje cronológico como principal hilo conductor de su exposición y con el tono ligeramente épico de las grandes historias nacionales, la obra de estos autores gira en torno a los principales episodios bélicos. Más que una interpretación novedosa, constituye una actualización muy documentada de la versión más clásica de la contienda.

En un trabajo de naturaleza muy distinta, Emilio DE DIEGO (2008) intenta explicar por qué las tropas imperiales perdieron la guerra a partir de los «cuatro errores de Napoleón». De naturaleza política, el primero consistió en suponer que el destronamiento de los Braganza portugueses y de los Borbones españoles podía hacerse sin graves riesgos, dada la enorme disparidad de fuerzas. El segundo fue de carácter militar pues la apertura del frente ibérico le obligó, en contra de su propia concepción estratégica, a dividir las tropas y batirse simultáneamente en dos escenarios muy distantes entre sí. Tampoco ayudó mucho que sus tropas en España carecieran de un mando unificado, capaz de coordinar los distintos cuerpos de ejército y realizar operaciones conjuntas —por no hablar de la rivalidad de los mariscales y su escasa disposición a reconocer la autoridad del rey José—. El tercer error fue económico: España, que apenas podía mantener a las tropas ocupantes, carecía de las fabulosas riquezas que Napoleón pensaba destinar a su política imperial. El último de los errores imperiales consistió en infravalorar el papel del clero y de la religión como elementos aglutinadores y movilizadores de la resistencia popular.

Miguel ARTOLA (2007), que acaba de refundir en un trabajo reciente sus investigaciones anteriores, se centra preferentemente en el análisis político. Basándose en un amplio catálogo de fuentes españolas y francesas, sintetiza con precisión los hechos que condujeron a la quiebra institucional de la monarquía borbónica (abdicaciones de Bayona, inoperancia del Consejo de Castilla, paralización de Audiencias y Capitanías Generales, etc.). Si la marcha de la familia real a Francia dejó al país sin soberano y sin gobierno, la entronización de José Bonaparte provocó revueltas en

muchas ciudades: la inesperada derrota de los imperiales en Bailén (julio de 1808) generalizó la insurrección patriótica. En los territorios no ocupados por los franceses, unas juntas locales de nuevo cuño impusieron la autoridad y el orden en nombre de Fernando VII. En cuestión de semanas confluyeron en una gran Junta Central, que nació con el doble propósito de gobernar el país y coordinar su esfuerzo bélico. Surgió así una nueva legitimidad de origen popular que, a juicio de Artola, sirvió de fundamento doctrinal y político a un régimen que debía afrontar simultáneamente la guerra y la revolución.

Richard HOCQUELLET (2008) ha diseccionado la relación entre ambos procesos a partir del análisis del «sistema patriótico», conjunto de actores, formas y discursos de la resistencia antibonapartista. Si bien la dinámica política no puede desligarse del conflicto bélico, ésta fue el resultado de un experimento social implementado conscientemente para remontar una situación crítica. Tuvo dos fases, separadas entre sí por la proclamación de la soberanía nacional (septiembre de 1810), que el hispanista francés resume en la fórmula «de la patria a la nación, de la nación a la revolución». La libertad de prensa, la dimensión pública de los asuntos de Estado o la participación electoral de los españoles en la vida política jalaron el proceso revolucionario, que culminó con la aprobación de una constitución liberal. En tan sólo cuatro años (1808-1812), el imaginario político sufrió una profunda mutación. Se pasó de la defensa de la patria (comunidad de valores asociados a un espacio concreto y encarnados en el monarca) a luchar por la nación (unión mística de todos los ciudadanos). Según su tesis, al insistir más sobre sus derechos que sobre su origen territorial, la patria como fundamento identitario se transformó en nación.

Algunos hispanistas anglosajones también han contribuido a la renovación historiográfica de la Guerra de la Independencia. La historia militar de la contienda se ha visto enriquecida por las aportaciones de Charles ESDAILE (2004 y 2006). En el 'Prefacio' del primer libro arremete contra la «vieja historia», reducida las más de las veces a una sucesión de batallas, y desfigurada por una combinación de prejuicios nacionales, desconocimiento de los códigos culturales y partidismo político. Su crítica alcanza por igual a la historiografía británica (por el protagonismo desmesurado que concede al Duque de Wellington), a la francesa (empeñada en explicar el conflicto peninsular a partir de la leyenda napoleónica) y a la luso-española (donde todas las formaciones políticas, desde los absolutistas del XIX a los marxistas del XX, han pretendido valerse de la contienda

en beneficio propio). Sobre la instrumentalización ideológica del conflicto volveremos al tratar en el último apartado.

Para superar esas insuficiencias Esdaile sugiere potenciar la historia local (con el fin de saber lo ocurrido a ras de tierra) y rehabilitar la hasta ahora tan denostada historia militar. A su juicio resulta imprescindible conceder a los distintos actores la importancia que merecen y analizar de forma simultánea los planos militar y político. Denuncia además las deducciones apriorísticas o los prejuicios ideológicos porque impiden interpretar correctamente fenómenos tan complejos como el trasfondo socio-económico de la lucha antinapoleónica o la adopción de ciertas decisiones gubernativas. La renovación metodológica propuesta por Esdaile implica también conceder a Inglaterra y a Portugal mayor atención de la que habitualmente les presta la historiografía española. A partir de esos supuestos, el hispanista británico critica de manera razonada ciertos estereotipos muy arraigados. Tendremos ocasión de verlo con más detalle al tratar de la guerrilla.

En la mejor tradición de la historia social, el trabajo de Ronald FRASER (2006) constituye el intento más logrado hasta ahora de contar una historia de la guerra hecha abajo, centrada en la gente corriente y atenta —a pesar de algunas discontinuidades— al conjunto del territorio español. Utilizando diarios personales, oscuros informes administrativos y memorias de combatientes, el hispanista norteamericano aborda cómo vivieron la contienda los distintos estratos sociales. El resultado es un relato decididamente sombrío y antiheroico, que sirve de adecuado contrapunto a las visiones más triunfalistas. Sin espacio para la épica, el hambre, la enfermedad y la muerte están muy presentes; lo mismo que las requisas forzosas, la destrucción de cosechas o la violencia contra gentes indefensas. Fraser plantea temas hasta ahora poco tratados. Como los intentos de la Iglesia para desviar la presión fiscal, el escaso entusiasmo patriótico de los acomodados o la resistencia popular a las levadas masivas y al pago de impuestos, así como sus periódicas protestas contra la ineficacia gubernativa.

Aun siendo conciente de la imprecisión de los datos que maneja, Fraser evalúa los costes de la contienda. Su conclusión no puede ser más desoladora al cifrar el retroceso económico y demográfico de la sociedad española en «por lo menos tres décadas». Pero la guerra tuvo también devastadoras consecuencias en el plano moral. Goya reflejó magistralmente la brutalidad y la deshumanización que provocó en *Los desastres de la guerra*. Fusilamientos masivos, ejecuciones públicas, mutilación de cuer-

pos, exposición ejemplarizante de cadáveres ... Si atendiendo a los enormes sufrimientos padecidos por la población civil fue una *guerra moderna*, también fue una *guerra total* debido a la masiva implicación de la población civil en las acciones bélicas. Como todas las contiendas civiles además, y ésta también lo fue a pesar de la enorme desproporción entre los bandos en lucha, provocó una fractura social sin precedentes. Todavía en 1808 la sociedad española estaba unida por fuertes lazos comunitarios, por un conjunto de valores morales y afectivos comunes que los mantenían emocionalmente unidos, a pesar de las diferencias estamentales y de fortuna. Pero esa unidad fundamental quebró a raíz de la ocupación militar. A pesar de los efectos catárquicos de la victoria, la fractura entre *leales* y *traidores* se perpetuó después con la división entre absolutistas y liberales.

3. José Bonaparte y los afrancesados

En la reciente presentación de un número monográfico dedicado al reinado de José, Jean-Baptiste BUSAALL (2008) lamentaba la escasa atención historiográfica prestada al régimen bonapartista. En su opinión, tan interesante experiencia política, social y jurídica ha sido «poco trabajada» e incluso «minimizada» para ensalzar por contraste la causa patriótica. No le falta razón. Durante siglo y medio José y sus partidarios han sido han sido víctimas de una eficaz campaña de propaganda. Desde el mismo momento de su acceso al trono, el rey *intruso* fue caricaturizado como un ser depravado y amoral; como un títere sin voluntad al servicio de los siniestros planes imperiales de su hermano, el gran tirano de Europa. Tampoco salía mejor parada la imagen de los afrancesados, traidores de lesa patria por colaborar con el usurpador de un trono legítimo. Sólo cuando a mediados del siglo XX comenzaron a disiparse esos prejuicios, la literatura especializada abordó de forma rigurosa el reinado de José Bonaparte. Pero a juicio del hispanista francés, el conocimiento obtenido dista todavía de ser satisfactorio.

La rehabilitación de los colaboradores del rey José comenzó con el estudio pionero de Miguel ARTOLA (publicado en 1953 y actualizado en diversas ocasiones, la última en 2008). Este distinguía entre *afrancesados* y *juramentados*; es decir, entre quienes se adhirieron libre y voluntariamente al proyecto reformista contenido en la constitución de Bayona y quienes, sin plantearse la legitimidad ni la trascendencia del cambio di-

nástico, tuvieron que jurar fidelidad al nuevo monarca para el desempeño de cargos oficiales. Si el primer grupo estaba formado por un reducido número de consejeros reales, altos funcionarios y aristócratas ilustrados, en el segundo abundaban los funcionarios modestos que actuaron por razones de mera supervivencia. Por su parte, Richard HOCQUELLET (2008) distingue entre la *colaboración política* —fruto de un fuerte compromiso ideológico que conlleva posiciones de poder y autoridad—, la *colaboración administrativa* —derivada del juramento de fidelidad aunque no implicaba necesariamente una adhesión sincera e íntima— y la *colaboración pasiva* —de quienes aun estando en contra del *intruso* no podían inhibirse sin sufrir graves represalias—.

Los colaboracionistas ideológicos que arrojaron desde el principio al nuevo monarca —los *afrancesados*, en la terminología de Artola— constituyen la categoría política más relevante. Herederos del reformismo ilustrado, profesaban un acendrado monarquismo. Pero a diferencia de los tradicionalistas, los *afrancesados* no se identificaban con una dinastía concreta sino con la que pudiera garantizar la dignidad y la grandeza del Estado. Por eso aceptaron sin graves problemas de conciencia la sustitución de los Borbones por los Bonaparte. Patriotas a su modo y partidarios de reforma sin revolución, no sólo consideraban suicida oponerse al poder militar de Napoleón. También confiaban en la tutela imperial para establecer una monarquía constitucional sólida y respetable, capaz de modernizar el ordenamiento político y fomentar el progreso material. Pero a diferencia de los revolucionarios, los *afrancesados* rechazaban el parlamentarismo y la representación popular. Devotos de la autoridad, el orden y la legalidad, deseaban reformas desde arriba y detestaban la democracia, para ellos sinónimo de anarquía y desgobierno.

Los *afrancesados* se ajustaban mejor a la tradición político-constitucional hispana que los liberales gaditanos, mucho más innovadores y rupturistas. Así se desprende al comparar las constituciones de 1808 y 1812. Aun reconociendo que técnicamente era una carta otorgada, Ignacio FERNÁNDEZ SARASOLA (2008) propone «recuperar la memoria» de la primera, tan injustamente olvidada por impuesta y extranjera. A su juicio, la articulación de una monarquía constitucional fuertemente autoritaria y la separación de las funciones administrativas de las judiciales configuraban las principales características del nuevo ordenamiento jurídico. Al reservar al monarca el monopolio del poder político y convertirlo en el principal agente del Estado, el despotismo ilustrado se transformó en constitucional (Jean-Baptiste BUSAALL, 2008). Según este hispanista

francés, la constitución de Bayona era un cruce entre el modelo imperial surgido de 1789 y la tradición hispana; si del primero tomaba la igualdad jurídica y la homogeneización territorial mediante la implantación de un único sistema legal, político y judicial, de la segunda incorporó la confesionalidad estatal y las cortes estamentales.

Pero una cosa era el soporte teórico y otra la gobernación del país. Todos los autores señalan que la acción de gobierno apenas traspasó los límites de la corte. Juan MERCADÉ RIBA (1983) fue uno de los primeros en abordar la estructura formal de la administración josefina. Su núcleo doctrinal venía dado por la constitución de Bayona, los decretos de Chamarín (emitidos por Napoleón a las puertas de Madrid, en diciembre de 1808) y los promulgados por José Bonaparte a lo largo de su reinado. Su intención era evidente: crear una administración racional, moderna y eficaz a partir de las amplísimas atribuciones constitucionales del monarca. En el rey residía el poder ejecutivo, la capacidad legiferante y la potestad para nombrar los vocales del Senado y del Consejo de Estado. La racionalización administrativa implicaba la articulación efectiva de los niveles central, regional y local. Se quiso llevar a cabo mediante la reparcelación del territorio en prefecturas al modo francés, el nombramiento de comisarios regios para consolidar el poder real fuera de la capital y la elección de las corporaciones locales (M. RAMISA VERDAGUER, 2007). Pero al igual que en el ámbito hacendístico o judicial, las realizaciones quedaron muy por debajo de las previsiones.

Sólo cuando se hizo evidente la defeción de los privilegiados a la causa josefina, los Bonaparte impulsaron una política social decididamente rupturista: supresión de la Inquisición y de los derechos feudales, derogación de las órdenes religiosas y desamortización de sus bienes, sustitución de la nobleza tradicional por otra de nuevo cuño ... También adoptaron una serie de medidas económicas como la supresión de las aduanas interiores o la proclamación de la libertad de comercio e industria. Pero estas medidas resultaron ineficaces para consolidar el régimen josefino, preso de una doble contradicción. Si para sofocar la rebelión José Bonaparte dependía del ejército imperial, los mariscales galos no reconocían más autoridad que la de Napoleón. Tampoco la brutalidad de las tropas ocupantes, que vivían a costa de la población ocupada, contribuyeron a popularizar el nuevo régimen. Por no hablar de la actitud del propio Napoleón: la rotunda oposición de José y sus ministros no impidió que el emperador decretara en febrero de 1810 la anexión a Francia de los territorios comprendidos entre el Ebro y los Pirineos.

A pesar de los bulos de la propaganda antibonapartista, las relaciones entre los Bonaparte fueron poco fraternales. Napoleón siempre pensó en España como una pieza más de su sistema imperial; en cambio José aceptó la corona suponiendo que podría actuar de forma relativamente autónoma. Al partir de postulados tan opuestos, la relación entre los hermanos se caracterizó por la incompreensión, la desconfianza y el sarcasmo. La correspondencia entre ambos muestra que los desencuentros y reproches fueron constantes (CORRESPONDENCE, 2007). Ciertamente el José Bonaparte real se parece poco a la caricatura acuñada por la leyenda negra. Una reciente biografía —por lo demás en exceso benevolente con el personaje— nos transmite la imagen de un «rey republicano», consciente de sus obligaciones políticas y deseoso de ganarse el favor de los españoles mediante un gobierno justo, paternal e ilustrado (MORENO ALONSO, 2008). En esa misma línea, Gerard DUFOUR (2008) nos muestra un «rey filósofo» dotado de sólidos principios morales, que detestaba los males de la guerra y deseaba ser amado antes que temido.

Pero José Bonaparte nunca pudo eximirse de su pecado original: hacer olvidar su condición de monarca extranjero. Tampoco los afrancesados pudieron salvarse del estigma de la colaboración. Estaban cogidos entre dos fuegos. Por un lado, atraían el odio de sus compatriotas por servir al *intruso*; por otro, carecían de autoridad política para imponerse a los mariscales del imperio. Su gran error fue creer que la modernización de España podía acometerse bajo la protección de un ejército de ocupación sin que se resintiera la independencia nacional (Joseph PÉREZ, 1996). Su miopía política no justifica, sin embargo, la acusación de oportunismo y de falta de patriotismo que durante tanto tiempo ha pesado sobre ellos. Gracias a los trabajos clásicos de ARTOLA (1953) y JURETSCHKE (1962), así como los más recientes de LÓPEZ TABAR (2001) y FERNÁNDEZ SIRVENT (2005), sabemos que —en general— eran personas de moralidad y talento, que sirvieron con resolución y lealtad al rey José, y que en muchos casos pagaron su colaboracionismo con un prolongado exilio.

Sin embargo, aún quedan muchos interrogantes. Como precisar cuántos fueron. En algún momento el número de juramentados se estimó en dos millones, cifra desmesurada teniendo en cuenta que la población española rondaba los once. Tampoco sabemos cuántos marcharon al exilio con José Bonaparte: quizá unos doce mil. Sin embargo LÓPEZ TABAR (2007) propone rebajar aún ese número. En la base de datos más completa realizada hasta ahora Tabar tiene censados a 4.172 afrancesados, de los

cuales se exiliaron unos tres mil (70% del total). El porcentaje varía mucho por oficios y territorios. Como cabía esperar, las tasas más elevadas se dieron entre los profesionales de la represión (militares, policías o fiscales) y allí donde —al parecer— el rigor de la ocupación fue mayor. El comportamiento de Soult en Andalucía parece avalar esta hipótesis porque, a diferencia de otros mariscales, él sí buscó el entendimiento con los terratenientes y las oligarquías urbanas, evitó las contribuciones extraordinarias y combatió la guerrilla sin recurrir a una violencia sistemática e indiscriminada (J. M. LAFON, 2007).

4. El papel de la guerrilla

La guerrilla, es decir la guerra irregular realizada al margen del ejército convencional y de los principios académicos de la táctica militar, sigue siendo un tema controvertido. Durante mucho tiempo la guerrilla ha sido presentada como la heroica representación del «pueblo en armas» y sus miembros el símbolo racial del buen patriota español: flugal, indisciplinado y valiente hasta la temeridad. Pero esa imagen es un tanto irreal, porque tiene un elevado componente romántico. Al igual que otros muchos relatos mitológicos destinados a conformar el imaginario colectivo, el arquetipo del guerrillero fue construido por la literatura nacionalista del siglo XIX. Ha llegado la hora de deconstruir el mito.

Ya durante el conflicto, el bando patriótico puso en circulación la imagen de la guerrilla como un ejército invisible, incansable y letal. Pero como saben los expertos en historia militar, la exageración y la contrainformación forma parte de la propaganda bélica. No obstante, algunos testimonios franceses dieron credibilidad a la leyenda. Bandos, partes de guerra y memorias de combatientes resaltan una y otra vez la eficacia mortífera de los guerrilleros. El ayudante del mariscal Berthier los calificó como verdaderos «lobos hambrientos» (F. MARTÍNEZ LAÍNEZ, 2007). Tachados de *brigants*, los componentes de las bandas armadas solían ser descritos de forma hiperbólica como seres deshumanizados, implacables y sedientos de sangre. Cabe preguntarse, sin embargo, hasta qué punto esos artificios retóricos buscaban exculpar la incapacidad militar de unos o la represión indiscriminada de otros.

Paradójicamente, los oficiales del ejército aliado tenían muchas dudas sobre la eficacia estrictamente militar de la guerrilla. Wellington fue especialmente crítico con los partisanos. El generalísimo inglés conside-

raba estas bandas armadas como un amasijo de aventureros, desertores y contrabandistas, más preocupados por su propio abastecimiento que por combatir a los franceses. Su opinión era compartida también por los generales españoles: consideraban el carácter indisciplinado y anárquico de los guerrilleros contrario a las virtudes castrenses y lamentaban el pésimo ejemplo que daban a los soldados regulares. Es más, con posterioridad a la contienda algunos responsabilizaron al espíritu guerrillero de haber inculcado en el ejército el virus del pretorianismo y el guerracivilismo decimonónico.

Especulaciones aparte, en la actualidad los historiadores relacionan el nacimiento de la guerrilla con dos factores aparentemente contradictorios: la manifiesta inferioridad táctica del ejército español y la denodada resistencia antibonapartista de amplios sectores de la población. En el otoño de 1808 el ejército español fue arrollado por la *Grande Armée* dirigida por el propio Napoleón quien, a pesar de su resonante victoria, abandonó España sin conseguir la capitulación del gobierno patriota. Pero la magnitud de la derrota forzó un cambio de estrategia: cientos de soldados fugitivos, dispersos e incontrolados fueron reagrupados por oficiales (y civiles) en pequeñas partidas para continuar la lucha. Con fin de reducir las bajas propias y desmoralizar al enemigo, la nueva táctica de combate combinaba acciones rápidas por sorpresa y retiradas estratégicas. El primer intento de teorizar esta nueva forma de lucha data de fines de 1808 y fue realizado por la Junta Central. Ese primer reglamento describía el tipo de pequeñas acciones —vigilar los movimientos de las tropas enemigas, atacar los destacamentos aislados, destruir sus depósitos de víveres, difundir informaciones falsas, etc.—con el fin de «hacer [a los franceses] todo el mal posible».

Si los especialistas están de acuerdo en cuándo y cómo surgió la guerrilla, en cambio discrepan sobre sus convicciones ideológicas, el grado de participación civil o su eficacia militar. Miguel ARTOLA (2007) considera la guerra de guerrillas «revolucionaria» porque impuso un nuevo modelo estratégico a partir de tres principios: el carácter incesante de la actividad bélica (convertida en una ocupación a tiempo completo), el dominio del espacio (basado en la constante movilidad de los partisanos y no en la conservación del terreno) y la adopción de una guerra de desgaste (sin reglas ni prisioneros, que no buscaba la derrota del enemigo en grandes batallas campales sino su destrucción efectiva en muchas acciones de objetivos limitados). Este tipo de lucha implica la masiva participación popular —para descargar a las partidas de una serie

de tareas relacionadas con el aprovisionamiento, el cuidado de los heridos o la recogida de información— y confiere a la contienda un carácter decididamente «nacional».

Artola considera además decisiva la contribución de la guerrilla a victoria final. No sólo porque el goteo constante de bajas —cien diarias según algún testimonio— debía agravar la desmoralización de unos combatientes perdidos en un país extraño y hostil. También —y sobre todo— porque ese «enemigo invisible» impidió desenvolverse con normalidad al ejército francés, le obligó a dispersar sus fuerzas por todo el territorio peninsular y las inmovilizó de tal manera que los mariscales no pudieron contar con ellas en las batallas decisivas. La empecinada resistencia de la sociedad española hizo de la ocupación francesa una misión imposible: los 350.000 soldados existentes en 1811 difícilmente podían controlar un país de medio millón de kilómetros cuadrados. El traslado al año siguiente de varios miles a la campaña rusa, hizo insostenible la presencia de España del resto. Lo apuntó Mina al asegurar que la guerra se había ganado «en las nieves de Rusia». Artola también comparte esa tesis del célebre caudillo navarro.

En el polo opuesto se sitúa Charles ESDAILE (2006). El historiador británico propone revisar a fondo un fenómeno «dominado durante mucho tiempo por el mito y la propaganda». A partir de una considerable evidencia empírica, niega el supuesto carácter espontáneo y popular de la guerrilla. Asegura que las bandas armadas eran en realidad unidades militares dispersas formadas por desertores y unidas por una mezcla de caudillismo, obediencia militar y carencia otro medio alternativo de vida. Esdaile rechaza el supuesto carácter patriótico de los jefes guerrilleros, con frecuencia enzarzados entre sí por disputas personales y poco dados a secundar a las autoridades civiles. Afirma además que eran tan temidos por los campesinos como las tropas francesas. Siguiendo el testimonio de Wellington, considera la presencia de estas bandas más un estorbo que una ayuda para las tropas de línea. Carentes de una estrategia precisa y minadas por la indisciplina, la incomunicación y la falta de medios, el hispanista inglés sostiene que los guerrilleros sólo eran buenos para el saqueo y el pillaje.

Entre ambas posiciones extremas, se sitúa MOLINER PRADA (2004 y 2007). A partir de investigaciones propias y ajenas, ha elaborado una síntesis razonada y bien informada. Tras estimar entre 35.000 y 55.000 el número máximo de guerrilleros, Moliner confirma la presencia de bandoleros y malhechores en sus filas; también de prófugos —incluidos algunos

desertores franceses y varias mujeres — lo cual no es de extrañar dado el carácter multiforme e interclasista de la guerrilla. Analiza el tamaño y la composición de las más de 700 bandas armadas documentadas, que varió en función de las circunstancias concretas de cada lugar: mientras algunos jefes apenas lograron reunir una docena de leales y su actuación se situó a medio camino entre el bandidaje y la reivindicación patriótica, otros consiguieron movilizar miles de hombres (como Mina, Merino, Bonet o el Empecinado) y se acabaron integrando en el ejército regular. Al examinar la condición sociolaboral de los jefes guerrilleros, Moliner concluye que estaban representados todos los estamentos y todas las profesiones: nobles y plebeyos, eclesiásticos y militares, campesinos y pastores, médicos y estudiantes, artesanos y funcionarios.

Amparándose en la falta de testimonios escritos, algunos historiadores sostienen que en el enrolamiento guerrillero pesaron más los móviles materiales que los ideológicos. Presuponen que la mayoría se apuntaron para vengar injurias, evitar el alistamiento obligatorio o participar en el reparto del botín. Pero como recuerda John TONE (2008) refiriéndose a labradores y pequeños propietarios del norte, no hay que perder de vista que el fenómeno guerrillero tuvo también una dimensión colectiva de auto-defensa (de la casa, del honor, de la familia) frente a las vejaciones e imposiciones exorbitantes. Como señala este hispanista, las bandas armadas ofrecían «una forma de sobrevivir a un régimen cruel y depredador» impuesto por los ocupantes. Muchos asumieron el riesgo extremo de echarse al monte inducidos por el ambiente extraordinariamente xenófobo y violento de aquellos años. El grito tan habitual de *¡muera el francés!* condensaba la rabia, la frustración y un deseo de venganza muy extendido en todas las capas sociales.

Pero tampoco cabe excluir a priori motivaciones más estrictamente ideológicas o patrióticas. El enorme potencial movilizador de los discursos identitarios elaborados en torno a la trilogía dios-patria-rey en sociedades prepolíticas y mayoritariamente agráfas es de sobra conocido. Como también lo es la intensa participación clerical, que predicó la guerra en clave de cruzada contra el *ateísmo* y colaboró activamente en la creación de bandas armadas; pero gracias a las recientes investigaciones de Scott EASTMAN (2005 y 2007) sabemos que la retórica nacionalista también estaba muy presente en los sermones y proclamas de los eclesiásticos. Convendría ser prudentes, por tanto, en lo que a filiaciones políticas se refiere. Es cierto que apenas constan declaraciones de los jefes partisanos durante la contienda y que, posteriormente, muchos se alinearon con

la causa absolutista. Pero tal como nos recuerda Moliner Prada, la propia Junta Central alentó la creación de la guerrilla y le ofreció cobertura legal al proclamar —en abril de 1809— que todo mal infligido a los franceses sería considerado «como servicio hecho a la nación». Es posible que los guerrilleros consideraran un tanto imprecisos los conceptos de «independencia nacional», «defensa de la patria» o «soberanía nacional»; pero fueron los mismos que utilizó el Gobierno para estimular, reconocer y recompensar su contribución bélica.

Moliner Prada admite que no se puede hacer de la acción guerrillera la pieza clave de la victoria española, para reconocer a renglón seguido prestó «un gran servicio desde el punto de vista estratégico». Añade además dos nuevas consideraciones sobre la importancia de esta guerra irregular. En primer lugar destaca la tensión mantenida constantemente en la retaguardia mediante el hostigamiento de las tropas francesas, los golpes de mano o la intimidación de los colaboracionistas. Con estas acciones la guerrilla desmentía de forma radical la supuesta pacificación del territorio y alentaba el espíritu de resistencia. Pero es que a partir de 1812 las principales bandas armadas se integraron definitivamente en el ejército regular, actuaron a las órdenes de los militares y participaron activamente en algunas batallas decisivas. Fue el caso de Francisco Longa, antiguo herrero que combatió a las órdenes de Wellington en Vitoria y terminó la contienda con el entorchado de brigadier. Sus correrías por el alto Valle del Ebro pueden seguirse paso a paso en la documentada biografía de PARDO SANTAYANA (2007).

5. De la historia factual a la historia cultural

Buena parte de los trabajos más novedosos publicados recientemente se inscriben dentro de la llamada historia cultural. La mayoría está relacionada con al proceso de nacionalización de la población; es decir, con la creación y difusión de un conjunto de discursos, mitos y ritos orientados a expandir la moderna idea de nación. Desde el fin mismo de la contienda numerosos escritores, políticos y pintores —cada uno a su manera— pusieron en circulación retóricas muy potentes para evocar e interiorizar ese sentimiento, una de cuyas referencias simbólicas gira precisamente en torno a la Guerra de la Independencia. Interpretada como la gran epopeya patriótica contra la dominación extranjera, la contienda se convirtió «en el eje retórico fundamental sobre el que pivotó el emergente nacionalismo

español durante todo el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX» (José ÁLVAREZ JUNCO, 1994).

Precisamente Álvarez Junco fue uno de los primeros en plantearse lo que la Guerra de la Independencia tiene de «invención», de artefacto retórico construido a posteriori por un nacionalismo español deseoso de perfilar su comunidad imaginada. En 2002 diseccionó la construcción de los principales discursos nacionalizadores a partir de unas preguntas muy concretas: cuándo y cómo se inventaron los símbolos y mitos identificadores del nacionalismo español, quiénes hicieron esa tarea, con qué clase de apoyos sociales o políticos contaron, cuáles eran sus objetivos y cómo cambiaron éstos a lo largo del tiempo. Su conclusión de principio es clara: «la sublevación de 1808 inició la historia del nacionalismo español [y acabó generando] un mito nacional casi perfecto». Tan perfecto y versátil que lo asumieron tanto el monarquismo católico como el constitucionalismo liberal. A fin de cuentas, la *guerra de la independencia* admite una doble lectura. Desde una perspectiva conservadora, puede entenderse como la lucha contra el invasor en nombre de los valores de la tradición y, desde una perspectiva progresistas, como lucha contra la tiranía en nombre de la libertad (Richard HOCQUELLET, 2008).

También los escritores catalanes y vascos también contribuyeron inicialmente a la difusión del relato mítico (F. TOLEDANO, 2007; F. MOLINA, 2007). Si los primeros apelaban a la «confraternización ibérica» y a la necesidad de superar viejos rencores a partir del «crisol de voluntades compartidas» que fue la *guerra contra el francés*, los segundos se esforzaron por resaltar la aportación vasca a la gran epopeya nacional española. Pero tal como apunta Álvarez Junco, el mito no terminó de cuajar. Fue perdiendo capacidad integradora a medida que se desvinculó de los cambios modernizadores; dejó de servir como referencia de futuro al quedar tercamente aferrado al pasado. Su eficacia quedó definitivamente entredicho cuando, ya a finales del siglo XIX, surgieron otros discursos alternativos al nacionalismo español en Catalunya y Euskadi.

Sirviéndose de muy diversas fuentes literarias y de las memorias de muchos testigos directos, Ricardo GARCÍA CÁRCEL (2007) también se ha ocupado de «esa amplia flora de construcciones y reconstrucciones mentales» creada por la generación de 1808. Tras definir el mito como una deformación interesada de la realidad con gran capacidad para provocar intensos sentimientos de adhesión o de rechazo, analiza la génesis de los componentes ideacionales presentes en el imaginario colectivo. En la cuestión nacional, se alinea con los primordialistas y en contra de los

constructivistas. García Cárcel llega a la conclusión de que ni la generación de 1808 creó la nación española, ni se inventó el concepto de guerra nacional. En este punto se desmarca claramente de Álvarez Junco y de quienes estiman que la guerra propició la reunión de las cortes y que del debate constituyente surgió la idea de nación. García Cárcel defiende justamente lo contrario: precisamente porque la nación existía antes de 1808, en su nombre se sostuvo la guerra y se convocaron las cortes.

En *Penser la Revolution Française* (París; 1978), François Furet se refirió a los problemas historiográficos que afrontaban sus colegas al estudiar aquel acontecimiento. Problemas derivados de que la historia de la Revolución no ha dejado de ser un relato sobre los orígenes, un discurso sobre la identidad, un mito en definitiva; pero un mito ante el que todavía se halla involucrada la sociedad francesa. De ahí las controversias entre historiadores y la dificultad para consensuar una interpretación canónica. La Revolución es aún memoria para los franceses de hoy, como lo fue para sus antepasados del siglo XVIII la narración de la invasión franca. Algo muy semejante ocurre con la Guerra de la Independencia: todavía no puede situarse en esa exterioridad que reclama la tarea del historiador.

Si uno de los objetos preferentes de la historia cultural es el análisis de las formas de producción y difusión de sentido, de los marcos cognitivos que permiten (re)interpretar la realidad, no es de extrañar su interés por la gestión de los mitos y la recreación de la memoria. A fin de cuentas son ingredientes fundamentales en la conformación identitaria. Quienes han tratado estas cuestiones distinguen entre historia y memoria, entre los hechos sucedidos y su recuerdo. Porque tal como advirtiera hace tiempo Maurice Halbwachs «el pasado no se conserva, sino que se reinterpreta sobre la base del presente». No está demás recordar con Pierre Nora que la historia de la memoria se interesa más por la reutilización de los usos del pasado sobre los sucesivos presentes, que por el pasado tal como ocurrió; más por la manera en que ha sido codificada y transmitida la tradición a lo largo del tiempo, que por la tradición misma.

El pasado —o más exactamente su (re)creación a partir de las necesidades del presente— juega un papel determinante en la creación, conservación y mutación de los imaginarios colectivos. El conjunto de discursos, liturgias y prácticas sociales pensados para que los ciudadanos interioricen la existencia de la nación y se identifiquen con ella constituyen las políticas de la memoria. Durante algún tiempo se pensó que el Estado era el principal y casi único promotor de políticas memorialistas de corte patriótico; pero investigaciones recientes han mostrado la importan-

cia como creadores de nación de otros sujetos individuales y colectivos, institucionales y asociativos (desde los ayuntamientos a las asociaciones profesionales, pasando por los orfeones o los grupos aficionados de teatro). También han evidenciado que la batalla simbólica por la memoria no sólo se dio en el parlamento y entre los partidos políticos; también se libró en los ateneos y en los periódicos, en los nombres del callejero y en los monumentos conmemorativos, en la pintura historicista y en la literatura popular. Los tres libros que comentamos a continuación ofrecen sobrados ejemplos de todo ello.

En su magnífica monografía sobre el Dos de Mayo, que para los españoles tiene un valor emocional comparable al que tiene para los franceses el Catorce de Julio, el hispanista Christian DEMANGE (2004) ha estudiado la construcción del mito en torno a esa fecha, su evolución y su institucionalización hasta ser declarada fiesta nacional. Su estudio cubre un período cronológico excepcionalmente amplio (1808-1958). La imagen inicial del pueblo en armas que asume su destino, y que se muestra decidido a vencer o a morir, se fue cargando de múltiples connotaciones y adherencias a lo largo del ochocientos. Hasta que instrumentalizado por las más variadas ideologías terminó convertido en un referente incómodo, en una «herencia molesta, reñida y abandonada». Ni siquiera la conmemoración del primer centenario consiguió recuperar el carácter nacional de esa fiesta, reducida desde entonces exclusivamente al ámbito local madrileño. Otras conmemoraciones entretanto, como el 1 de Mayo, fueron ganando el fervor popular impulsadas por las nuevas ideologías obreristas.

Mitos y memorias de guerra también están muy presentes en el libro colectivo titulado *Sombras de Mayo* (2007). Agrupa en varios bloques la veintena de ponencias presentadas al encuentro internacional organizado en la Casa de Velázquez por una nueva generación de hispanistas franceses (Cristian Domange, Pierre Géal, Richard Hoquellet, Stéphane Michonneau y Marie Salgues). El primer bloque se ocupa de la gestión de la memoria por sus propios actores (como los afrancesados, los impulsores de las juntas locales o los patriotas gaditanos). El segundo, titulado conmemorar la contienda (1808-1908), aborda temas relacionados con la creación de la memoria de guerra desde ámbitos tan dispares como el teatro, las estampas populares o la conversión del general Álvarez de Castro, defensor de Gerona, en héroe nacional. El siguiente bloque está dedicado a la instrumentalización de la memoria por distintas culturas políticas, como el monarquismo más tradicionalista creador del mito del «rey de-

seado» o la sacralización de «el pueblo» por los republicanos. Desde la perspectiva de la historia comparada, el último apartado analiza el papel de las guerras de independencia —en Estados Unidos o en Italia— como generadoras del sentimiento nacional.

Quisiera acabar este breve ensayo comentado otro libro colectivo muy sugerente. Se titula *La Guerra de la Independencia en la cultura española* y recoge una quincena de trabajos compilados por Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS (2008). Todos ellos tienen una preocupación común: mostrar cómo la significación de los hechos relacionados con la contienda varía en función del contexto, de los valores que se quieren proyectar o del público al que van dirigidos. Algunos capítulos ponen de manifiesto la polisemia de voces tan características como «guerra de la independencia», «dos de mayo» o «revolución». Otros, en cambio, recrean los distintos episodios del combate simbólico librado entre absolutistas y liberales por la legitimidad de sus propios discursos desde la evacuación francesa. Incluso hay dos estudios que analizan, ya en el siglo xx, cómo los republicanos durante la Guerra Civil y más tarde los franquistas a través del cine (seudo)histórico intentaron utilizar la fuerza movilizadora y emocional del Dos de Mayo. Son ejemplos que ilustran, una vez más, la versatilidad y la eficacia de los mitos tejidos en torno a la Guerra de la Independencia.

En una época todavía no muy lejana el trabajo del historiador era concebido como mera recolección «de las cenizas de un pasado» ya totalmente cancelado, según la poética expresión de Jean-François Sirinelli (1993). Pero como él mismo afirma, en la actualidad se admite ya como objeto de la historia el diálogo —mantenido a través de los ecos y las reverberaciones de la memoria— entre el pasado abolido y el presente inmediato. Sin embargo, conviene tener cuidado con la retroproyección indiscriminada de los debates políticos actuales. Cuando se mezclan los planos de la realidad y su representación, cuando la memoria acaba contaminando la historia, no sólo se resiente la comprensión del pasado. También se corre el riesgo de caer en el relativismo (de)constructivista.

6. Bibliografía citada

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (ed.) (2008): *La Guerra de la Independencia en la cultura española*. Madrid.

- ÁLVAREZ JUNCO, José (1994): «La invención de la Guerra de la Independencia», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, n.º 12.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (2002): *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid.
- ARTOLA, Miguel (2008): *Los afrancesados*. Madrid.
- ARTOLA, Miguel (2007): *La Guerra de la Independencia*. Madrid.
- BUSAALL, Jean-Baptiste (2008): «El reinado de José Bonaparte: nuevas perspectivas sobre la historia de las instituciones» y «Révolution et transfert de droit: La portée de la constitution de Bayonne», *Historia Constitucional* (revista electrónica), n.º 9. <http://hc.rediris.es/09/index.html>
- CAYUELA FERNÁNDEZ, José Gregorio y GALLEGO PALOMARES, José Ángel (2008): *La Guerra de la Independencia. Historia bélica, Pueblo y Nación en España (1808-1814)*. Salamanca.
- CORRESPONDENCE (2007): *Napoléon et Joseph Bonaparte: correspondance integrale 1784-1818*. París.
- DEMANGE, Cristian (2004): *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*. Madrid.
- DIEGO, Emilio de (2008): *España, el infierno de Napoleón. 1808-1814: una historia de la Guerra de la Independencia*. Madrid.
- DUFOUR, Gérard (2008): «Le roi philosophe», *Actores de la Guerra de la Independencia. Mélanges de la Casa de Velázquez*, tomo 38-1.
- EASTMAN, Scott (2005): «“La que sostiene la Península es guerra nacional”». Identidades colectivas en Valencia y Andalucía durante la Guerra de la Independencia», *Historia y Política*, 14.
- EASTMAN, Scott (2007): «The Religious Origins of Spanish Identity, 1793-1814», comunicación presentada al *I Encuentro de Jóvenes Investigadores organizado por la Asociación de Historia Contemporánea*. Zaragoza.
- ESDAILE, Charles (2004; edición original inglesa, 2002): *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia*, Barcelona.
- ESDAILE, Charles (2006): *España contra Napoleón. Guerrilla, bandoleros y el mito del pueblo en armas (1808-1814)*. Barcelona.
- FERNÁNDEZ SARASOLA, Ignacio (2008): *La Constitución de Bayona (1808)*. Madrid.
- FERNÁNDEZ SIRVENT, Rafael (2005): *Francisco Amorós y los inicios de la educación física moderna. Biografía de un funcionario al servicio de España y Francia*. Alicante.
- FRASER, Ronald (2006): *La maldita guerra de España. Historia Social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*. Barcelona.
- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (2007): *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*. Madrid.
- HOCQUELLET, Richard (2008; edición original en francés, 2001): *Resistencia y revolución durante la Guerra de la Independencia. Del levantamiento patriótico a la soberanía nacional*. Zaragoza.

- JURETSCHKE, Hans (1962): *Los afrancesados en la Guerra de la Independencia: su génesis, desarrollo y consecuencias históricas*. Madrid.
- LAFON, Jean-Marc (2007): *Andalousie et Napoléon. Contre-insurrection, collaboration et résistances dans le midi de l'Espagne (1808-1812)*. Paris.
- LÓPEZ TABAR, Juan (2001): *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*. Madrid.
- LÓPEZ TABAR, Juan (2007): «La España josefina y el fenómeno del afrancesamiento» en Moliner Prada, Antonio (ed.) [citado infra].
- MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando (2007): *Como lobos hambrientos. Los guerrilleros en la Guerra de la Independencia (1808-1814)*. Madrid.
- MOLINA, Fernando (2007): «La nación en su periferia étnica. La memoria de la Guerra de la Independencia en el País Vasco (1868-1898)» en VV.AA. (2007): *Sombras de mayo. Mitos y Memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1898)*. Madrid.
- MOLINER PRADA, Antonio (2004): *La Guerrilla en la Guerra de la Independencia*, Madrid.
- MOLINER PRADA, Antonio (editor) (2007): *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*. Barcelona.
- MORENO ALONSO, Manuel (2008): *José Bonaparte. Un rey republicano en el trono de España*. Madrid.
- PARDO DE SANTAYANA, José (2007): *Francisco Longa ... de guerrillero a general en la Guerra de la Independencia*. Madrid.
- PÉREZ, Joseph (1996): *Histoire de l'Espagne*. Fayard, París.
- PORTILLO, José María (2000): *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*. Madrid.
- RAMISA VERDAGUER, Maties (2007): «La Administración bonapartista» en Moliner Prada, Antonio (ed.), [citado supra].
- SIRINELLI, Jean-François (1993): «El retorno de lo político», *Historia Contemporánea*, n.º 9.
- TONE, John L. (1999; edición original inglesa de 1994): *La guerrilla española y la derrota de Napoleón*. Madrid.
- TONE, John L. (2008): «El pueblo de las guerrillas», en J. Álvarez Barrientos (ed.): *La Guerra de la Independencia en la cultura española*. Madrid.
- TOLEDANO, Ferrán (2007): «La Guerra de la Independencia como mito fundador de la memoria y de la historia nacional española», en Moliner Prada, Antonio (ed.), [citado supra].
- VV.AA. (2007): *Sombras de mayo. Mitos y Memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1898)*. Madrid, 2007.